

**ILDIS**

Estudios y  
Documentos

Juan Carlos Rubinstein

Urbanización, estructura de  
ingresos y movilidad  
social en Argentina  
1960-1970



~~FB~~  
100



INSTITUTO LATINOAMERICANO DE INVESTIGACIONES  
SOCIALES (ILDIS)

URBANIZACION, ESTRUCTURA DE  
INGRESOS Y MOVILIDAD SOCIAL EN  
ARGENTINA 1960-1970

JUAN CARLOS RUBINSTEIN

Santiago de Chile  
1972

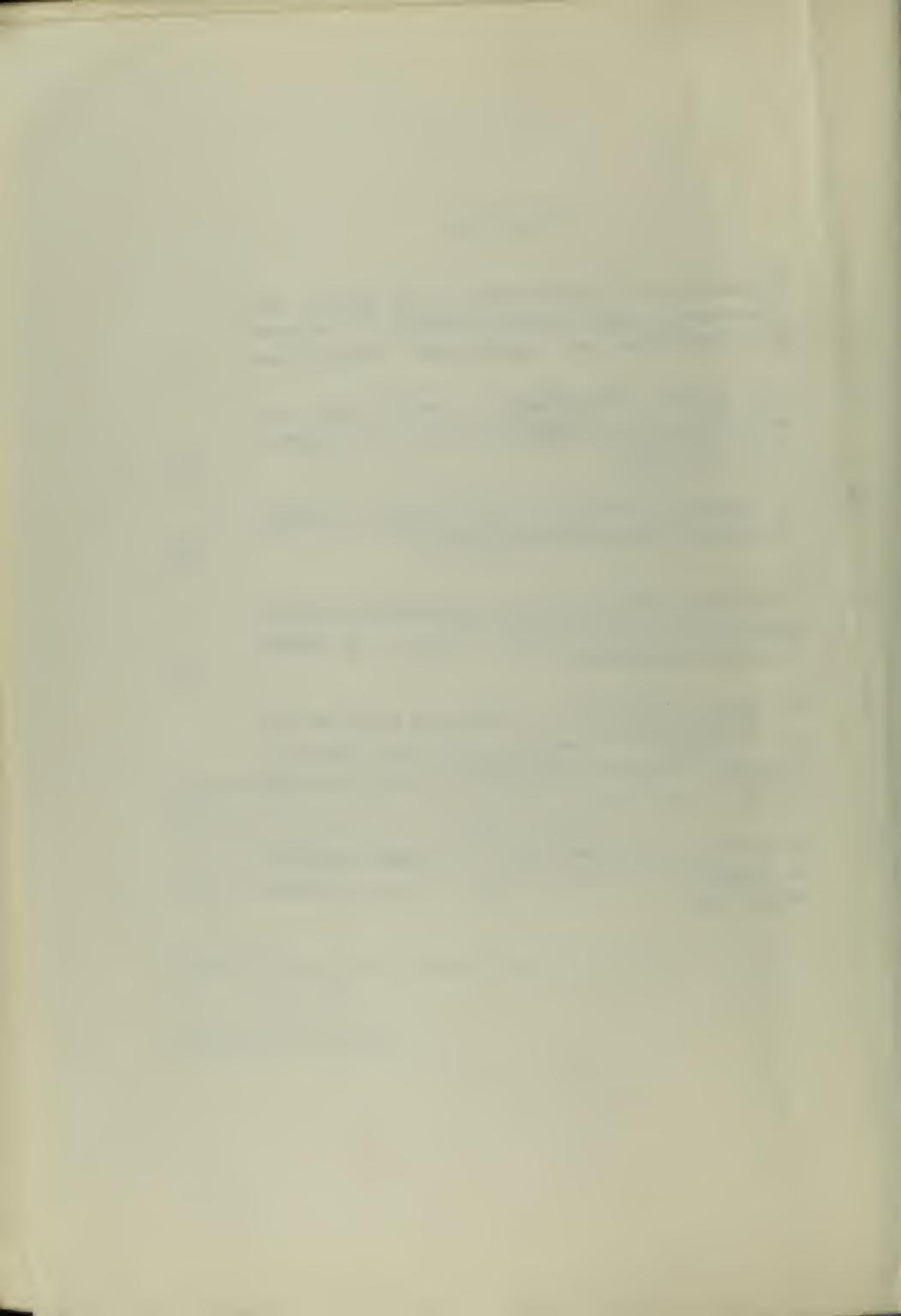
*Redacción de la serie:* María Teresa Medina A.  
*Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS)*  
Calle Dieciocho 229, 4º piso - Teléfono: 82575-6  
Casilla 14580 Correo 21  
Santiago de Chile

en Alemania:

*Instituto de Investigaciones de la Friedrich-Ebert-Stiftung*  
Koelner Strasse 149  
53 Bonn-Bad Godesberg 1  
República Federal Alemana

## ÍNDICE

I.	El panorama de la urbanización a nivel histórico. Los relevamientos censales como indicadores. El fenómeno de concentración en conglomerados metropolitanos	8
II.	Las variables socioeconómicas y políticas del proceso de urbanización: el régimen de la tierra y la industrialización sustitutiva	13
III.	La estructura de ingresos a nivel regional y sectorial. Su incidencia en la movilidad geográfica	18
IV.	El período de urbanización en la década del 60. La emergencia de otros conglomerados urbanos y de núcleos intermedios de población	25
V.	El espectro ocupacional y su diferencia con el de clases. La estructura de ingresos en las áreas urbanas, su diferencia con la rural. El significado real de la movilización	31
VI.	El país real y sus distorsiones. Los grupos dominantes hegemónicos y el efecto de éstos en el proceso de movilidad social	44



## Prefacio

El proceso de movilidad social argentino, en lo que éste tiene de característica peculiar, se encuentra íntimamente ligado con un fenómeno que siendo general en el mundo actual y abarcando tanto a las naciones de alto como de bajo desarrollo, en nuestro país se desenvolvió, desde el poblamiento de nuestras tierras por los colonizadores españoles, con mayor intensidad que en otras áreas: la urbanización.

Cabe, pues, para el análisis de la movilidad social tener en cuenta la indudable atracción histórica que las ciudades argentinas ejercieron sobre su contorno, en la medida en que la existencia de éstas y su significación socioeconómica y política ha resultado del especial papel jugado por Argentina en el mercado internacional —como estructura política dependiente— y de las corrientes migratorias que, por efecto de ese papel más las condiciones peculiares del régimen de tenencia de la tierra, se volcaron hacia los núcleos urbanos, incidiendo en la distribución demográfica rururbana.

Además, la misma distribución sectorial de los ingresos, con una alta concentración de éstos en los tramos superiores de la escala y el mayor espectro ocupacional que presenta la fuerza laboral urbana, se han constituido, también, en factores *significativos* en los que respecta al enfoque específico con que debe encararse una hipótesis de movilidad social en Argentina.

De ahí que resulte indispensable, en primer término, plantear la problemática urbanizante y, a renglón seguido, la de la distribución de ingresos, para, por último, analizar si en verdad hay movilidad social en nuestro país y, en su caso, qué características reviste este fenómeno.

# I. EL PANORAMA DE LA URBANIZACION A NIVEL HISTORICO. LOS RELEVAMIENTOS CENSALES COMO INDICADORES. EL FENOMENO DE CONCENTRACION EN CONGLOMERADOS METROPOLITANOS

Dijimos recién que la urbanización argentina no constituye un fenómeno sociológico específico de las últimas décadas.

La circunstancia de haberse agudizado desde hace aproximadamente cuarenta años, no implica su inexistencia anterior. Por el contrario, un enfoque veraz de nuestra realidad, debe partir de la premisa que descansa en una relativa prevalencia del proceso urbanizante dentro del contexto de nuestra sociedad global, aun a pesar de ciertos datos, como el de los relevamientos censales, la composición de nuestro producto bruto o la distribución de la población activa, que podrían indicar, en apariencia y por lo menos en lo que hace al siglo pasado, otra cosa.

Así, ya en 1797 en la ciudad de Buenos Aires y en los primeros años del siglo XIX en las provincias encontramos que la población urbana en relación a su contorno rural —tomando únicamente las ciudades capitales y con excepción de Corrientes, Santiago del Estero, Tucumán y San Luis— fluctuaba entre un 55.4% para Buenos Aires, un mínimo de 21.3% para Entre Ríos y un máximo de 41% para Mendoza<sup>1</sup>.

No hay duda alguna que la existencia de esos núcleos urbanos, en algunos casos representativos de la mitad de la población total de la región, expresaban ya pautas culturales y tipos de vida ajustables a patrones de actividades típicamente ciudadanas (secundarias y terciarias) y reveladores, además, de la existencia de industrias artesanales o mercantiles con salarios de alto poder adquisitivo, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, pero que, asimismo, en forma más rudimentaria se desarrollaba en nuestro Interior.

Baste como ejemplo, la Memoria del Brigadier Pedro Ferré, en la polémica contra el diputado de Buenos Aires —delegado del Gobernador Juan Manuel de Rosas— cuando, a propósito de las tesis librecambistas de éstos, sostiene que una adecuada política proteccionista, si bien no permitirá que nuestros paisanos (hombres de campo) se pongan

<sup>1</sup>E.A.J. MAEDER, *Evolución demográfica argentina desde 1810 a 1869*, EUDEBA, Buenos Aires, 1969, pp. 33 ss.

»ponchos ingleses (sic) ni llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos ropa hecha en extranjería, y además renglones que podemos proporcionar; pero en cambio empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos, y no nos perseguirá la idea de una espantosa miseria a que hoy son condenados. Y aquí es tiempo de notar que sólo propongo la prohibición de importar artículos que el país produce...«<sup>2</sup>.

Tampoco hay duda que la prevalencia de la política liberal impuesta desde Buenos Aires, sobre todo después de constituido el estado a partir de 1860, constituyó un factor de aceleración del proceso de urbanización de la zona litoral y de despoblamiento gradual del Interior, fenómeno que se combinó con el comienzo de la migración proveniente de Europa. Entre el Primer Censo Nacional de 1869 y el Segundo de 1895, se observa, todavía, una prevalencia de población rural sobre la urbana, en términos globales. Sin embargo, el incremento urbano es de 197.8%, en tanto el rural es de 99.5%.

Al mismo tiempo, debemos destacar que el crecimiento de la ciudad de Buenos Aires —entre uno y otro relevamiento— es de 254.3% y las ciudades de más de 2.000 habitantes en 45 para la provincia de Buenos Aires; 8 para Corrientes; 4 para Entre Ríos y 7 para Santa Fe.

Ya iniciada la actual centuria, el proceso de urbanización se acelera notablemente. El número de centros urbanos de más de 2.000 habitantes se incrementó en un 62%, pero provincias como Córdoba, Tucumán, Mendoza y Santa Fe acusaron un crecimiento de éstos en una proporción de cuatro quintos.

Este segundo período intercensal (1895/1914) destaca la continuidad del aumento de la población urbana (181%) en relación a la rural (50.6%), lo cual determina que la primera supere a la segunda en la distribución global (52.7% urbana; 47.3% rural). Dentro de este cuadro general cabe acotar, como un indicador de acusado desequilibrio, al incremento de la ciudad de Buenos Aires, que lo hace en un 137.5%.

Al llegar a la mitad de nuestro siglo (1947) se lleva a cabo el Cuarto Censo Nacional. Con éste comienza a adquirir el fenómeno urbanizante condiciones específicas. No se trata, simplemente, de la mayor pro-

<sup>2</sup> »Memoria del Brigadier Pedro Ferré«, transcripta en J. ALVAREZ, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires*, Ed. La Facultad, Bs. As., 1936, p. 91.

porción de la población urbana sobre la rural, que existe. Aparece un hecho destacable que, a la vez, resulta profundamente *disfuncional*: el desarrollo, dentro de una órbita propia y casi con independencia del resto del país, del núcleo del llamado Gran Buenos Aires (la ciudad de Buenos Aires (Capital Federal) y su conurbano). En 1914 (Tercer Censo Nacional), la Capital Federal tenía 1.576.597 habitantes y el llamado conurbano porteño 508.998; en 1947, uno y otro alcanzan respectivamente a 2.982.580 y 1.741.338, es decir un aumento del 189% y 242%. Sumando los guarismos correspondientes al Gran Buenos Aires en 1914 y en 1947 tenemos que, en el primer caso, el número de habitantes asciende a 2.085.595 y, en el segundo, a 4.723.918 o sea, un incremento global de 126%.

De esta macrocefalia del Gran Buenos Aires, sobre todo en tanto se compara la proporción de habitantes que agrupa en relación con la población total del país (1914: 26.4% y 1947: 29.7%), se observa, también, una aceleración específica en el crecimiento del conurbano capitalino. Crecimiento motivado, principalmente, por el desarrollo de un proceso de industrialización, cuya expansión se destaca a partir de 1930, que funciona como bomba aspirante de corrientes migrantes internas y donde se conjuga, igualmente, como factor coadyuvante, la mecanización de las tareas agropecuarias que no absorben, con la misma intensidad que antes, mano de obra campesina.

Mucho más acentuada aparece la deformación capitalina y de su conurbano, si la comparamos con el total urbano representado por núcleos con más de 20.000 habitantes. En ese caso, se observará que en 1947 éstos absorben al 79.6% de la población urbana<sup>3</sup> y si relacionamos el Gran Buenos Aires con el total de urbanización que denuncia el Censo de 1947, vemos que aquel conglomerado alcanza al 47.6%.

En otros términos, casi la mitad de la población urbana total y prácticamente un tercio de la sociedad argentina, vivía en 1947 en un radio que no excede de 100 Km. alrededor de la ciudad de Buenos Aires.

Esa característica: la expansión del fenómeno urbanizante del Gran Buenos Aires, no decrece en los siguientes trece años, a cuyo término se procede al relevamiento censal de 1960.

<sup>3</sup>A. ROFMAN, *Aspectos del comportamiento del sistema socioeconómico argentino en el período 1946/53 y sus efectos a escala espacial*, CEUR, Instituto Torcuato Di Tella, Bs. As., 1971, p. 37.

Por el contrario, los valores relativos que se desprenden de los porcentajes obtenidos en relación con la población total del país, revela que la proporción pasa de un 29.7% a un 33.6% (1947: 4.723.918; 1960: 6.739.045).

Pero aquí surge una diferencia digna de destacar: con respecto a la población clasificada como urbana, la proporción *disminuye* de 47.6% en 1947 a 45.6% en 1960.

En otros términos, cabe acotar que si bien la urbanización, en forma global, mantiene su ritmo ascendente y parte del peso en ese ascenso corresponde al Gran Buenos Aires, surgen en ese período intercensal otros conglomerados urbanos con capacidad expansiva semejante al del conurbano porteño.

Es cierto que —como expresa Rofman<sup>4</sup>— »Buenos Aires es 9.5 veces mayor que Rosario en 1947 siendo la proporción en 1960 de 10.7 a 1«; pero, también, es cierto que la leve disminución de la participación porteña en el total de población urbana, al filo del Quinto Censo Nacional, está indicando una tendencia *descentralizadora* del proceso, sobre cuyas consecuencias socioeconómicas y políticas hablaremos luego.

Por de pronto, entre 1947 y 1960 —aparte del Gran Buenos Aires, cuyo crecimiento anual medio fue de 1.87%— se destacan, como centros urbanos de más de 500.000 habitantes, la ciudad de Córdoba y el Gran Rosario<sup>5</sup>. En Córdoba, la población en 1947 era de 386.828 habitantes, pasando, en 1960, a 589.153. El Gran Rosario, por su parte, de 695.341 habitantes que tenía en 1947, pasa a 864.430 en 1960.

El crecimiento anual medio de ambos centros —entre 1947 y 1960— fue de 3.1% para Córdoba y de 1.66% para el Gran Rosario.

No debemos olvidarnos, en este análisis, de una situación global, que se hará sentir con más intensidad en la década del 60, referida al crecimiento general de la población argentina. En tanto que en el período 1914/47 el crecimiento anual medio para la Argentina fue de 2.04%; entre 1947/60 éste *disminuyó a 1.76%*. Es decir, por un lado, tenemos una baja en el ritmo de crecimiento global y, por otro, se acelera, relativamente, el crecimiento urbano, que acusa un *ritmo de incremento medio de 3% anual*.

<sup>4</sup> A. ROFMAN, Aspectos del comportamiento..., ob. cit., p. 37.

<sup>5</sup> El Gran Rosario constituye el conglomerado urbano compuesto por la ciudad de Rosario y los departamentos de Villa Constitución, San Lorenzo en la provincia de Santa Fe y San Nicolás en la provincia de Bs. As.

Sintetizando esta rápida reseña histórica de la urbanización argentina, observamos que este proceso no ha sido consecuencia de ninguna variable exógena específica. El fenómeno urbanizante en la Argentina, como vimos, ha constituido una tónica general del proceso histórico peculiar de nuestra sociedad, independiente de la existencia de un factor industrializante.

Este, que ha incidido en los últimos cuarenta años con particular intensidad, sirvió tan sólo para *acentuar y acelerar* el ritmo con que se ha venido dando la urbanización, coadyuvando, eso sí, en un proceso de concentración demográfica en núcleos urbanizados ya existentes y de relativa significación con respecto a sus contornos rurales.

Possiblemente, pero su análisis excede a este trabajo, nuestra temprana urbanización haya estado dada por una condición determinada por la situación socioeconómica nacional como *estructura dependiente*. Es decir, nuestra subordinación al mercado internacional, manejado y controlado por los países industriales, configuró no solamente el diagrama de subdesarrollo y dependencia argentina, sino también contribuyó a fijar, tempranamente, una tendencia urbanizante que, justamente en virtud de una compleja relación de coexistencia entre los grupos hegemónicos del sector dominante en nuestra sociedad con los dominantes de los países industriales y de cierto margen de maniobra para los grupos subordinados del sector dominante y los mismos grupos pertenecientes al sector dominado en nuestro país, no provocó mayores conflictos y permitió una relativa acomodación de sectores y clases sociales dentro de nuestro sistema de estratificación<sup>6</sup>.

En cuanto al fenómeno reciente de concentración urbana, ya señalado, sí responde, en gran parte, al estímulo de la industrialización, aun cuando, como veremos, juegan asimismo otros factores que han influido, principalmente, en la década que acaba de feneer y cuya exteriorización visible aparece en la urbanización que se ha dado en regiones que no participan o participan de manera rudimentaria en el proceso industrial.

<sup>6</sup> Esta hipótesis explicativa la he desarrollado en detalle en: *Estrategia y táctica para el cambio*, Ed. Astrea, Buenos Aires, 1972.

## II. LAS VARIABLES SOCIOECONOMICAS Y POLITICAS DEL PROCESO DE URBANIZACION: EL REGIMEN DE LA TIERRA Y LA INDUSTRIALIZACION SUSTITUTIVA

Al describir el proceso de urbanización hemos hecho especial hincapié que, en nuestro país, éste no resultó específicamente estimulado por la existencia de una cuña industrializante ni, tampoco, resultó de condiciones determinadas contemporáneamente como podrían ser, entre otras, la modernización de las tareas agropecuarias o la influencia de los medios masivos de comunicación que facilitan, indudablemente, la migración de las áreas rurales.

Por el contrario, afirmamos la consistencia de la urbanización a través de su existencia como factor permanente en nuestra sociedad. Por eso se ha efectuado la descripción de aquélla, en base a los datos objetivos dados por los sucesivos relevamientos censales.

Pero lo expuesto, así de manera objetiva, no pretende ignorar o absraer la puntualización de los factores que pueden haber incidido en el proceso.

Algunos de ellos se señaló, como, por ejemplo, la circunstancia de constituir nuestra sociedad actual, y mucho más acentuadamente la del siglo pasado, una *estructura dependiente* del mercado internacional y de las naciones —que en un tiempo u otro— lo controlaron o dominaron.

La articulación de un mercado internacional, montado sobre presupuestos económicos liberales, al cual se ciñeron los países industriales de acuerdo a sus particulares y circunstanciales intereses, pero en función del cual las naciones periféricas, por su peculiar situación de desigualdad económica y política, se ajustaron de modo permanente, constituyó un factor desarticulante de nuestra estructura interna.

Así pudimos señalar, cómo bien tempranamente —al filo de la tercera década del siglo pasado— ya constituía un coro nutrido la queja del Interior ante la decadencia de la región, a consecuencia de una política librecambista y de monopolio portuario (el puerto de la ciudad de Buenos Aires era, prácticamente, la única vía de entrada y salida de productos del o al exterior). Pero, si de documentación se trata, antes de esas quejas, encontramos otras expresiones políticas —como la de Artigas con sus famosas Instrucciones a los Diputados Orientales designados para repre-

sentar la Banda Oriental (hoy República Oriental del Uruguay) ante la Soberana Asamblea General Constituyente del año XIII reunida en Buenos Aires— reveladoras de un conflicto entre el Interior y Buenos Aires —origen de nuestras luchas civiles— que provocó la decadencia de aquél y el crecimiento de ésta y la promoción, más luego, de una migración interna del Noroeste hacia las provincias litorales.

Es evidente que el alud de productos manufacturados europeos, producidos a menores costos por las modalidades técnicas de fabricación que produjeron la primera revolución industrial, al par de beneficiar al comercio de importación porteño, perjudicó las rudimentarias industrias de nuestro Interior. También fue evidente que ese perjuicio determinó un éxodo en las poblaciones semirrurales de esa región.

Por otra parte, aún antes del desarrollo de la agricultura —cuyo proceso de impulsión comienza, aproximadamente, en 1870— ya las formas de explotación del ganado lanar, alrededor de la década del 40 del siglo pasado, exigen una respetable cantidad de mano de obra, lo mismo que la industria del salado (preparación de tasajo), que juega como bomba aspirante de las masas subocupadas de las provincias de nuestro Noroeste.

Y tanto la lana, como el tasajo o antes los cueros, constituyeron las materias primas básicas de nuestras exportaciones al mercado internacional, a cambio de las cuales los países industriales remitían sus productos manufacturados<sup>7</sup>.

En síntesis, la incorporación al mercado internacional exclusivamente como suministradores de materia prima con un mínimo de valor agregado, provocó un desequilibrio regional cuya traducción, a nivel demográfico y sin perjuicio del económico y político, se reveló en una tendencia constante y en aceleración progresiva hacia la urbanización.

Combinado con esa circunstancia internacional que expone con crudeza el trasfondo de una relación imperialista entre los países industriales o metropolitanos y los subdesarrollados o periféricos y que, en otra oportunidad, lo expusimos con el concepto de relación dialéctica entre desarrollo y subdesarrollo<sup>8</sup>; ha jugado, también, en la expulsión hacia

<sup>7</sup> Ver para más detalles, M. BURGIN, *The Economic Aspects of Argentine Federalism*, Harvard Economic Studies, Harvard University Press, 1946. Hay traducción castellana.

<sup>8</sup> JUAN CARLOS RUBINSTEIN, "Socioestructura económica y comportamiento político en la Argentina", *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, Diputación Provincial de Barcelona, 12/13, 1968-1969, pp. 227 ss.

las ciudades de los migrantes del Interior o el asentamiento en éstas de los venidos desde Europa, el régimen de tenencia de la tierra.

No vale la pena remontarnos históricamente en este problema del régimen de tenencia de la tierra. Por el contrario, si señalamos tan sólo que en 1958 en la provincia de Buenos Aires —el distrito político-administrativo más importante del país— 15 familias (sin tener en cuenta los parentescos colaterales) eran propietarias de 854.600 ha., 126 sociedades poseían 1.596.735 ha. entre las cuales 15 sociedades anónimas detentaban un tercio de éstas y que en el orden nacional, "un tercio de todas las propiedades multifamiliares y casi todas las propiedades grandes han sido organizadas como sociedades"<sup>9</sup>, esto es, sobre un total de 33.226 millones de hectáreas pertenecientes a propiedades multifamiliares, 11.064 millones constituyen parte del patrimonio societario —generalmente sociedades anónimas cerradas— fácilmente se deduce, de ello, la existencia de un régimen de la tierra que ha impedido el acceso a ésta de grandes núcleos humanos en calidad de dueños.

Esta circunstancia explica de modo parcial, ciertamente, el por qué de nuestra temprana urbanización. Sometido el poblador rural del Interior a una situación laboral de peón, en zonas poco favorables de desarrollo agropecuario o impedido el migrante europeo de acceder a la propiedad de la tierra, resultaba más viable, para unos y otros, encaminarse hacia las ciudades, las que por una situación especial —derivada de una prosperidad económica, en los primeros tiempos de este siglo— permitía una, relativamente, rápida ubicación laboral del migrante.

Con la crisis mundial de 1930 el proceso de urbanización se acelera notablemente.

El impacto de la crisis, en nuestro país, se siente directamente en virtud de la combinación de dos efectos que repercuten negativamente. Uno, relacionado con la baja brusca en casi un cincuenta por ciento del precio internacional de nuestros productos exportables (carne y cereales); otro, la incidencia de nuestra deuda externa, a consecuencia de la corriente inversora de capitales y préstamos del exterior que se paraliza y que, no obstante, por concepto de servicios, intereses o utilidades de los ya radicados, contribuye a desequilibrar bruscamente nuestra balanza de pagos.

<sup>9</sup> S. BARRACLOUGH Y A. DOMIKE, *Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola*, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, O.E.A. Washington D.C., 1965, p. 35; "Distribución de la propiedad agraria en la Provincia de Buenos Aires", *Revista de Desarrollo Económico*, Vol. N° 1, La Plata, octubre diciembre, 1958, p. 205.

Es así que en 1930 a un saldo desfavorable de nuestra balanza comercial de 117 millones de pesos oro, debe agregarse otro, correspondiente a la balanza de transacciones y servicios, de 223 millones de pesos oro, lo cual determina un saldo negativo total en la balanza de pagos de 340 millones de pesos oro<sup>10</sup>.

Los países metropolitanos, mejor preparados por la complejidad de sus sociedades y su poderío económico, así como por las modalidades de su producción exportable (productos manufacturados), absorben, en cierta medida, el impacto de la crisis controlando el precio de ésta. Si bien se produjo una baja de precios, éstos no pasaron de una cuarta parte del valor de 1929.

Este diagrama —al perfilarse como permanente en virtud de que al punto más agudo de la crisis le sigue un largo período de depresión, que recién se superará luego de la Segunda Guerra Mundial— opera como catalítico de un cambio de política interna.

Sin abandonar el grupo hegemónico dominante, sus intereses principales, cuyas utilidades provienen del campo, y antes bien asegurando en su beneficio los resortes del gobierno con el golpe militar de 1930 que desaloja de éste a los radicales y coloca en su lugar a los conservadores, estimulan un proceso de industrialización, como »crecimiento hacia adentro« —al decir de la Comisión Económica para América Latina<sup>11</sup>— para mejorar su poder de negociación con las potencias metropolitanas.

De este modo se perfila una política industrial destinada a sustituir importaciones y a cubrir el déficit que, la inestable situación financiera de nuestro país, provoca en artículos manufacturados con insumos de materias primas que aquí pueden producirse o que ya producidos eran enviados al exterior para su elaboración industrial.

Se produce, entonces, la expansión de las ramas industriales vegetativas, esto es, aquéllas destinadas al consumo interno y cuyo crecimiento en volumen se encuentra relacionado con el incremento de la población. De ahí esa denominación de »vegetativa«.

El período político conservador (1930/1943) es contemporáneo con ese proceso de industrialización, al punto en que, prácticamente, du-

<sup>10</sup> W. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954, p. 104.

<sup>11</sup> Naciones Unidas, *Estudio Económico de América Latina*, Nueva York, 1951, p. 93.

rante el mismo, se desarrolla el 77 por ciento del parque industrial argentino que existe en 1955.

Con el estallido del conflicto bélico mundial de 1939, el país ingresa en un segundo período industrial, caracterizado por un doble proceso: 1. de reajuste y concentración fabril; 2. de cubertura de bienes semiduraderos livianos, aunque, también, dedicados preferentemente al consumo de una población que, en forma masiva y con el mejoramiento de su salario real más una real ocupación plena, accedía a nuevos niveles de vida y aspiraciones.

Cuadro N° 1

DIFERENCIA PORCENTUAL ENTRE INGRESO FAMILIAR Y PERSONAL

	(%)	
	<i>Ingreso familiar</i>	<i>Ingreso personal</i>
1º decil	100	- 56.7
2º decil	100	- 44.6
3º decil	100	- 41.8
4º decil	100	- 36.4
5º decil	100	- 32.8
6º decil	100	- 31.4
7º decil	100	- 30.1
8º decil	100	- 30.4
9º decil	100	- 31.3
10º decil	100	- 29.6
5% superior	100	- 28.3
1% superior	100	- 24.3

Fuente: CEPAL, "Estudios sobre la distribución del ingreso en América Latina". Cuadros 5 y 7, pp. 31 y 41 E/CN.12/770. Versión provisional mimeografiada 29 marzo 1967.

No haremos, aquí, la crítica al modelo de desarrollo adoptado. Lo hemos planteado en otra oportunidad<sup>12</sup>. Para lo que interesa en este trabajo baste decir que esa industrialización, coincidente con una activa mecanización de las tareas agrícolas, coadyuvó al proceso de urbanización na-

<sup>12</sup>J. C RUBINSTEIN, *Desarrollo y discontinuidad política en Argentina*. Siglo xxi Editores, México-Bs. As., 1968.

cional, absorbiendo en el conglomerado del Gran Buenos Aires el excedente de mano de obra agrícola de las provincias litoraleñas (Buenos Aires, Santa Fe, La Pampa, Córdoba y Entre Ríos) y, más luego, sobre todo a partir de 1946, el proveniente de las provincias centrales y del Norte del país.

Lo que es destacable, en esta somera vista al proceso de industrialización, es la circunstancia de que con él emergen tres situaciones decisivas para el diagrama futuro del país como estructura socioeconómica: 1. el montaje de un utilaje fabril que supone la existencia de un sector productivo moderno; 2. la incorporación de la mujer dentro del proceso de producción, pero como trabajadora de tiempo completo y en el ámbito fabril (fábricera) y 3. una política de plena ocupación —favorecida por las directivas políticas internas (control de cambios, estímulo selectivo, créditos y moderada inflación) y las coyunturas internacionales, en especial durante el período de la Segunda Guerra Mundial y su postguerra hasta, aproximadamente, 1950— que determinó, para la familia trabajadora, un ingreso altamente remunerativo. No debemos olvidar, en este último aspecto, que el ingreso familiar con relación al personal, en los primeros deciles de ingreso, es decir, los sectores menos favorecidos, es sustancialmente importante.

El señalar las diferencias que resultan del cuadro precedente descansa en una modalidad en la composición actual de la familia, en la que sus miembros mayores, generalmente trabajan en actividades remunerativas. Modo de recolección de ingresos que cobró fuerza en la Argentina en coincidencia con el proceso industrial y la plena ocupación.

### III. LA ESTRUCTURA DE INGRESOS A NIVEL REGIONAL Y SECTORIAL. SU INCIDENCIA EN LA MOVILIDAD GEOGRAFICA

Otro de los aspectos que, combinados, es necesario analizar, corresponde al problema de la estructura de ingresos desde un doble punto de vista: el regional y el sectorial.

Todo país, aun el más integrado socioeconómicamente, presenta en la articulación de sus diferentes estructuras, desequilibrios más o menos destacables. En especial esos desequilibrios pueden resultar 1. de inadecuadas políticas de desarrollo interno; 2. circunstancias derivadas de desfasajes en los modos de producción (sectores modernos, in-

termedios o primitivos) con relación a los sistemas productivos más remunerativos o de mayor margen de eficiencia o 3. de situaciones complejas en las que conjuegan problemas determinados por la peculiar ubicación de la sociedad nacional dentro del diagrama de poder a nivel internacional y de las que resultan de un desenvolvimiento desparejo, motivado en los particulares intereses u objetivos de los sectores hegemónicos del grupo dominante en el estado.

En Argentina se ha dado un proceso histórico en el que han incidido principalmente, el tercer aspecto íntimamente relacionado con el primero. Esto no quiere decir que no existan desfasajes en los modos de producción y que no se encuentren formas productivas intermedias o primitivas.

Por el contrario, esas formas —intermedias o primitivas— con una productividad, en comparación con el sistema industrial fabril o de actividad agropecuaria tecnificada, de 1 a 8, subsisten en nuestra sociedad.

En la Memoria del Director General de la Organización Internacional del Trabajo<sup>13</sup> se destaca, por ejemplo, que a mediados de la década pasada, el volumen de la mano de obra empleada en artesanía y pequeña industria fluctuaba en Argentina entre un 40 a un 50 por ciento. Si tomamos el Censo Económico Nacional como fuente, encontramos que en la ciudad de Buenos Aires, en 1964, un 16.4 por ciento de los establecimientos no tenía personal obrero y el 80.1 por ciento solamente empleaba al 40 por ciento del total de la mano de obra<sup>14</sup>, proporciones que, indudablemente, se acentúan si se toma como base de análisis a regiones que no han tenido o han recibido con menor intensidad el impacto industrializante o pertenecen a estructuras agropecuarias no destinadas a la producción de materias primas exportables.

Pero, con todo, a pesar de estos datos, no menos cierto es que el peso específico relativo del sector moderno —fabril o agropecuario— al par de controlar las decisiones, determina los contenidos de la riqueza global producida en el país, lo cual resulta de decisiva importancia en el contexto general de nuestra sociedad, en orden a una cierta redistribución de la riqueza que se agrupa, como veremos luego, en los deciles intermedios de

<sup>13</sup>Organización Internacional del Trabajo, Memoria del Director General. Industrialización y trabajo, Ginebra, 1966, p. 15.

<sup>14</sup>J. C. RUBINSTEIN, *El mito de la movilidad social argentina*, Ed. Panedillo (en prensa). Cuadro 11.

la estructura de ingresos, sin perjuicio de una acentuada concentración de éstos en la cúspide de la escala.

Con respecto al tercer aspecto, no abundaremos nuevamente en mayores detalles. Ya hemos puntualizado más arriba la incidencia de éste en la prevalencia, primero, de la región litoral, y, luego, del conurbano porteño, en el desequilibrio demográfico nacional; desequilibrio mucho más agudo si se utilizan como indicadores otros, como los de valor económico agregado, energía consumida o capitales empleados.

En cuanto al primero, el desequilibrio emergente a inadecuadas políticas de desarrollo interno, sí merece un pequeño párrafo.

No sabemos, ciertamente, desde un punto de vista histórico, el grado de conciencia con que la dirección política porteña —luego de resueltas las luchas civiles en Pavón en 1862— y, en especial, su élite dirigente, desarrolló su esquema de prevalencia con relación al Interior.

Bonifacio del Carril pudo expresar, con relación a este tópico, que

»Los hombres que reemplazaron a Rosas en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (luego de Caseros) y que continuaron, con otras formas aparentes, pero con el mismo contenido histórico, su labor política de predominio, tuvieron en cambio plena conciencia de ello y como vieron claramente que la sanción de la Constitución sería simplemente formal, y que lo que importaba determinar era precisamente *quién* iba a ser el *dueño* del nuevo poder central que se creaba, se lanzaron a la lucha por ese poder...«<sup>15</sup>

y, en verdad, el modo cómo se desenvolvió el proceso, a través de la modificación constitucional de 1860, el triunfo de Mitre en 1862 y la consolidación nacional con la domesticación —si cabe el término— del caudillo provinciano, efectuada por Roca y su régimen, demostrarían por los resultados, la existencia de una programación política de la élite porteña para conducir la República.

No nos interesa dilucidar, aquí, este punto. Quede en claro, no obstante, que con conciencia o sin ella, la ciudad de Buenos Aires como núcleo urbano y el litoral como región socioeconómica dominaron de tal forma al resto del país, que con su dominio promovieron un agudo desequilibrio, traducido, si cabe la expresión, en un colonialismo interno tan inicuo co-

<sup>15</sup> B. DEL CARRIL, *Buenos Aires frente al país*, Ed. Huarpes, p. 178.

mo el colonialismo externo al que estábamos y estamos sometidos como país.

Ese subdesarrollo particular dentro del subdesarrollo nacional se visualiza en los desniveles generales del ingreso nacional en cuanto se apunta a señalar las regiones o provincias de nuestro territorio y, también, sobre todo en las últimas dos décadas, en cuanto se analiza aquel ingreso desde el punto de vista sectorial.

Cuadro N° 2

MIGRACION INTERNA AL GRAN BUENOS AIRES Y DIFERENCIA DE INGRESO GLOBAL  
DE CADA PROVINCIA

Provincias	Nº de habitantes	Diferencia con ingreso nacional (100) (%)	Posición
Entre Ríos	164.770	-35	12°
Corrientes	93.847	-53	5°
Stgo. del Estero	85.379	-66	2°
Tucumán	66.886	-38	11°
Chaco	43.604	-41	8°
San Luis	28.198	-39	10°
Catamarca	18.621	-60	3°
Misiones	30.238	-40	9°
Salta	15.857	-68	1°
San Juan	15.612	-27	13°
La Rioja	13.636	-43	7°
Formosa	10.656	-55	4°
Neuquén	6.319	-44	6°

Fuente: Censo Nacional de Población, 1960. T. II, p. LI y CEPAL, «Estudio sobre la distribución...», ob. cit. p. 75, cuadro 17.

Dejemos, por un momento de lado, el problema de la desigualdad de ingresos en lo que concierne a la distribución de éste y sus concentración en los tramos más altos de la pirámide de estratificación social, que acusa —según la investigación realizada por la CEPAL<sup>16</sup>— un coeficiente

<sup>16</sup>CEPAL, *La distribución del ingreso en América Latina*, Gráfico 1, p. 6, coeficiente obtenido en base a la fórmula.

$$r = 1 - \frac{\sum_{i=1}^n (g_i - \frac{1}{10000})}{10000}$$

siendo  $r$  el número total de grupos de ingreso,  $i$  el número ordinal de cada grupo de ingreso,  $g$  el porcentaje acumulativo del ingreso percibido.

de 0.48 para Argentina, lo que demuestra un alto grado de desigualdad distributiva, si se compara éste con coeficientes como el de Estados Unidos y el Reino Unido con uno de 0.40 o Noruega con 0.36 y planteemos, en primer lugar, el grado de desigualdad regional.

Si se toman las diferentes provincias de nuestro territorio en función de cómo sus poblaciones alimentaron el crecimiento del conurbano porteño y lo comparamos con la diferencia que existe entre aquéllas y el promedio de ingreso nacional obtenemos lo indicado en Cuadro 2.

Pero esa diferencia se acentúa si se establece la comparación tomando como base al ingreso del Gran Buenos Aires que supera en un 27 por ciento, aproximadamente, al promedio nacional.

En esa situación, por ejemplo, la provincia de Santiago del Estero con un ingreso dos tercios menor que el nacional, aumenta el grado de desigualdad a más de 90 por ciento en relación con el que se percibe en el conurbano porteño. En términos monetarios de dólares, si tenemos en cuenta que para 1968 se estimó, por la CEPAL, el promedio del PBI en 851 dólares y en los años 1969 y 1970 éste se incrementó en un 4.7 por ciento, lo que determina un ingreso nacional de 891 dólares; el ingreso de Santiago del Estero, con respecto al promedio nacional, alcanzaría a 313 dólares, en tanto que en el conurbano porteño aquél sería de 1.132 dólares aproximadamente<sup>17</sup>.

Estas diferencias han motivado que, en términos comparativos, la CEPAL haya podido decir:

»La posición del Norte (en la Argentina) en la estructura de la distribución del ingreso se parece un poco a la del Nordeste en la estructura de la distribución del ingreso en el Brasil en especial porque del 40 al 50 por ciento del grupo de ingresos más bajos se halla en el Norte«<sup>18</sup>.

Aquí radica lo destacable del problema argentino. Es cierto que lo

<sup>17</sup> El ingreso en dólares para 1968 resulta del informe de la CEPAL resumido en »La Razón« del 11 de julio de 1969, »Argentina en cifras«, el promedio de los años 1969 y 1970 del Informe Económico, Cuarto Trimestre 1969 y Cuarto Trimestre 1970, Min. de Economía y Trabajo. Con todo habría que tener en cuenta que las estimaciones vertidas, por resultar de extrapolaciones, no se ajustan exactamente a la realidad de ingresos, habida cuenta que pueden haberse producido modificaciones en los ingresos regionales desde 1961 a la fecha. Sin embargo, creo que éstos no son substancialmente diferentes a los actuales, toda vez que la característica de la década del 60 fue de verdadero estancamiento de nuestra economía siendo, en ese período, la tasa de incremento per cápita de 2 por ciento.

<sup>18</sup> CEPAL, *La distribución del ingreso...*, ob. cit., p. 122.

que esa institución llama genéricamente Norte representó, escasamente, un 19.1 por ciento de nuestra población en 1960 y un 17.9 por ciento en 1970; pero es en esa región donde se concentra el mayor número de quienes componen el estrato pobre del país.

Pobreza que se acentúa cuando los indicadores genéricos de ingreso se ajustan en función de una clasificación que responda a la distribución funcional —esto es, a la distinción entre asalariados y empresarios— combinada con otra enfocada según esos asalariados o empresarios perciban sus ingresos de actividades rurales o urbanas.

Puestas las cosas de ese modo, resultará evidente que las desigualdades nacionales se agudizan y, además, se revelarán algunos fenómenos objetivos cuya explicación esencial encontrará su fuente en esos desequilibrios.

Por de pronto, si se enfoca la problemática de ingresos desde el punto de vista rururbano, se puede adelantar que «el 40 por ciento aproximadamente de quienes se ubican en el grupo de bajos ingresos en la distribución global por familias, pertenecen al sector agropecuario»<sup>19</sup>, pero ese sector de ingresos bajos, cuando se lo analiza en función de región y fuente de ingreso; es decir, cuando efectuamos el cruzamiento tomando como indicadores dos variables, por ejemplo, región Norte y sector agrícola, encontramos que el 76 por ciento de agricultores con bajos ingresos reside en la región Norte del país.

Ahora bien, si ajustamos un poco más el cuadro, con el fin de precisar los detalles y relieves, esto es, a la variable regional y sector fuente le adjuntamos la correspondiente a la distribución funcional (asalariados o empresarios) el problema cobra características dignas de ser subrayadas.

Es así que, aplicando el procedimiento empleado por la CEPAL para mensurar el coeficiente de concentración de ingresos argentino, hemos efectuado el cálculo —aplicando la fórmula que se detalla en la Nota 16— del coeficiente de concentración de ingresos en el sector agropecuario, englobando, tanto a asalariados como empresarios. De acuerdo con ello, dicho coeficiente es de 0.34 en lo que concierne al ingreso sobre la base familiar, y el último grupo considerado es decir un 14 por ciento del total de unidades familiares agropecuarias de más alto ingreso percibieron, en 1961, el 50.1 por ciento del total; en tanto que en el grupo

<sup>19</sup> CEPAL, *Estudios sobre la distribución*, ... ob. cit., p. 83

perteneciente al 4.2 por ciento superior, percibió casi un tercio de éste (31.2%) y un 62.2% del ingreso del 14% superior<sup>20</sup>.

Estas han sido las realidades con las cuales el país se ha venido enfrentando en su decurso histórico y que han provocado situaciones-límites y cuellos de botella estructurales, hasta ahora, no superados dentro del esquema de la región y de la ocupación a nivel regional.

Tan sólo esos desniveles han jugado para promover, como hemos visto, una intensa corriente migratoria hacia los centros urbanos.

En otros términos, el proceso migratorio interno ha podido jugar como *válvula de escape* de situaciones socioeconómicas que la estructura global actual de nuestro país, tomada en su conjunto como »sistema«, no ha atinado o querido transformar. Porque de lo que se trata aquí no es de un mero problema de desniveles de ingresos, que se fueronolucionando, de manera relativa, con la migración; primero, de los excedentes de población de las zonas sumergidas y, después, con la de quienes no siendo excedentarios buscaron, con aquélla, acceso a otros niveles de vida.

El problema de fondo radica en el hecho de que las condiciones de desarrollo del país se encuentran marcadas por una política dirigida por un grupo hegemónico dominante que consolidó, temporalmente, un poder monopólico en el campo, fijando, al mismo tiempo un »ethos« particular al país y que, luego, ha consolidado también —combinado con los grupos monopólicos externos— un poder monopólico en los núcleos urbanos a través del uso casi exclusivo del mercado financiero nacional, de la transferencia de ingresos del campo a la ciudad y viceversa y del control en las decisiones a tomarse en el sector industrial.

Sin perjuicio de volver sobre el tema, quede bien en claro nuestra inferencia de que la urbanización en Argentina ha resultado de un complejo proceso donde aun cuando la ciudad jugó su papel de foco de atracción —por efecto de una multiplicidad de factores entre los que cabe citar, en primer término, los derivados de una ampliación en el espectro ocupacional— mucho más influyó, en principio, la existencia en las áreas rurales de estructuras socioeconómicas consolidadas en base a una desigual disposición de la propiedad de la tierra y por ende, a una

<sup>20</sup> CONADE-CEPAL, *Distribución del ingreso y cuentas nacionales en la Argentina*, T. IV, pp. 255 y 263.

excesiva rigidez en la distribución de ingresos, las que actuaron como factores de expulsión.

Con todo, resulta necesario destacar que desde mediados de la década del 50 y más acentuadamente en la del 60, el proceso de urbanización argentino ha desenvuelto pautas que *»a priori«* parecerían indicar una variante en la tendencia centralizadora que lo caracterizó hasta el relevamiento censal de 1947.

No quiere ello decir que, por ejemplo, el conurbano porteño no continúe siendo una elefantíásica *»cabeza de Goliat«* —como la denominó Ezequiel Martínez Estrada— pero, no obstante, comienzan a vislumbrarse determinadas situaciones diferentes, sobre las que vale la pena detenerse un poco.

#### IV. EL PERIODO DE URBANIZACION EN LA DECADA DEL 60. LA EMERGENCIA DE OTROS CONGLOMERADOS URBANOS Y DE NUCLEOS INTERMEDIOS DE POBLACION

En términos globales el período intercensal que corre desde 1960 a 1970 ha mantenido el ritmo general de urbanización. Aunque no se conocen aún los resultados totales, estableciendo ciertas coordenadas podemos determinar cierto ritmo de urbanización, comparando los totales de los Censos de 1914, 1947, 1960 y 1970 con el número de habitantes concentrado en poblaciones de más de 25.000 habitantes.

En ese sentido vemos que en 1914 la proporción de habitantes de ciudades de más de 25.000 era de 38.1 por ciento; en 1947, ésta alcanza a 48.5 por ciento; en 1960, a 57.2 por ciento y en 1970 a 63.2 por ciento.

El ritmo de crecimiento anual promedio en esos núcleos urbanos fue de 2.79% en 1914/1947; 3% en 1947/1960 y 2.55% en 1960/1970. Pero el crecimiento anual promedio total del país fue, en cambio, de 2.04%; 1.72% y 1.54% respectivamente.

Es decir, en tanto los centros urbanos de más de 25.000 habitantes mantuvieron un ritmo de incremento de su población casi constante, la población total, en su ritmo de crecimiento global, ha venido disminuyendo, lo cual explica que, virtualmente, pueda estimarse para la Argentina en 1970, una población urbana que sobrepasa los tres cuartos del total de habitantes.

Además, de acuerdo con los resultados provisionales de 1970<sup>21</sup>,

<sup>21</sup>Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas 1970, Cuadro 9, p. 30.

en orden a este proceso de urbanización, se destaca el mantenimiento en el ritmo de incremento del Gran Buenos Aires, los núcleos urbanos de 500 mil a un millón de habitantes y los que se encuentran entre 100 mil y 50 mil, disminuyendo, por su parte, aquéllos ubicados entre 500 y 100 mil y los menores de 50 mil.

En otros términos, con relación a la situación demográfica total, es factible suponer que la tendencia nacional a alimentar ciertos y determinados centros urbanos que han adquirido características de conglomerados industriales o aquellos otros que, por circunstancias diversas (núcleos administrativos, nudo de comunicaciones, etc.), atraen población del contorno rural o de poblaciones urbanas de menor número de habitantes.

Con relación al problema del crecimiento en los grandes conglomerados urbanos de más de 500 mil habitantes, en otra oportunidad<sup>22</sup> hemos desenvuelto el tema en detalle. Sin embargo, para una adecuada puesta en situación de este trabajo, señalemos que entre 1960 y 1970, los cuatro nucleamientos: Gran Buenos Aires, Córdoba, Gran Rosario y Gran La Plata, tuvieron un incremento anual promedio de 0.65%; 3.01%; 1.77% y 2.24% respectivamente.

Salvo el caso del Gran Buenos Aires, todos los demás han superado la tasa de crecimiento nacional, aunque resulta necesario recalcar que, con la excepción del Gran Rosario, en relación con el período intercensal anterior, cada uno de estos conglomerados, si bien en términos absolutos crecieron en población, su ritmo fue menor.

Así tenemos que el Gran Buenos Aires entre 1947/1960 creció a una tasa de 1.87% (1960-1970: 0.65%), Córdoba lo hizo a una tasa de 3.18% (1960-1970: 3.01%), Gran Rosario a 1.66% (1960-1970: 1.77%) y Gran La Plata a 7.57% (1960-1970: 2.24%).

En cuanto a la población de cada provincia y la significación que sobre ésta tiene el departamento de la Capital, sin perjuicio de que puede haber dentro de sus límites un núcleo de población rural que con las cifras provisionales de 1970 no se ha discriminado, observamos que ninguna de ellas, con excepción de Santa Fe, acusa una proporción menor a la quinta parte del total de habitantes, porcentual que habría de aumentar, sin duda alguna, si se tuviera a mano el total de población urbana en esas jurisdicciones.

<sup>22</sup>J. C. RUBINSTEIN, «Urbanización y clase obrera en Argentina», *Revista de Derecho Laboral*, N° 11, Nov. 1972, Bs. Aires.

Cuadro N° 3

POBLACION TOTAL Y DE LA CAPITAL DE CADA PROVINCIA EN 1970\*

	Total	Dto. Capital	% Cap. total
Catamarca	171.217	57.599	33.6
Córdoba	2.060.065	798.663	38.7
Corrientes	564.147	137.823	24.4
Entre Ríos	811.691	189.537	23.3
Formosa	234.075	70.534	30.1
Jujuy	264.597	98.194	37.1
La Pampa	172.029	37.893	22.0
La Rioja	136.237	48.309	35.4
Mendoza	973.075	525.616 <sup>1</sup>	54.0
Misiones	433.020	104.091	24.0
Neuquén	154.570	89.938	58.1
Salta	509.803	182.535	35.8
San Juan	384.284	112.500	29.2
San Luis	183.460	59.113	32.2
Santa Fe	2.135.583	312.427	14.6
Santiago del E.	495.419	186.970 <sup>2</sup>	37.7
Tucumán	765.962	326.200	42.5

\*Se ha excluido a Bs. As., Chubut, Chaco y Río Negro.

<sup>1</sup>Mendoza se contabilizó con los departamentos que forman el Gran Mendoza.<sup>2</sup>Santiago del Estero y La Banda se tomaron como continuo semiurbano.

Fuente: Censo Nacional de Población, Familia y Vivienda 1970, Resultados Provisoriales.

Una comparación de los Cuadros 3 y 4 indica un crecimiento de los departamentos alrededor del cual se halla la Capital de cada una de las provincias que lo componen, lo cual supone la existencia de una migración que ha ampliado la base del centro administrativo más importante de cada una de las jurisdicciones contempladas.

Santa Fé, que en ambos relevamientos censales accusa una población de alrededor de un 15 por ciento —la más baja de las tomadas en los cuadros— merece una explicación.

La ciudad de Santa Fe y su contorno no constituye más que un núcleo administrativo —por ser la sede del gobierno provincial y de la Universidad del Litoral— con una relativa incidencia industrial. El Censo Nacional Económico de 1964 daba para ese departamento un total de 1.597 establecimientos con 11.811 personas ocupadas, cifras semejantes a las de un

Cuadro N° 4

POBLACION TOTAL Y DE LA CAPITAL DE CADA PROVINCIA EN 1960\*

	Total	Dto. Capital	% Capital total
Catamarca	168.231	45.929	27.2
Córdoba	1.753.840	586.015	33.4
Corrientes	533.201	105.915	19.9
Entre Ríos	805.357	175.124	21.7
Formosa	178.526	47.801	26.8
Jujuy	241.462	55.031	22.7
La Pampa	158.746	27.771	17.5
La Rioja	128.220	35.431	27.6
Mendoza	824.036	427.291 <sup>1</sup>	51.8
Misiones	361.440	77.784	21.5
Neuquén	109.890	50.849	46.3
Salta	412.854	117.400	28.4
San Juan	352.387	106.665	30.3
San Luis	174.316	48.761	28.0
Santa Fe	1.084.918	264.334	14.0
Stgo. del Estero	476.503	163.426 <sup>2</sup>	34.3
Tucumán	773.972	273.000	35.2

\*Se ha excluido a Bs. As., Chubut, Chaco y Río Negro.

<sup>1</sup>Mendoza se contabilizó con los departamentos que conforman el Gran Mendoza.

<sup>2</sup>Santiago del Estero y La Banda se tomaron como continuo semiurbano.

Fuente: Censo Nacional de Población 1960.

departamento del Gran Rosario (San Lorenzo) que tenía, en esa fecha, 668 establecimientos con 9.488 personas ocupadas<sup>23</sup>.

Si, en cambio, mensuramos como núcleo urbano al Gran Rosario, su incidencia con relación al total de la población santafecina no deja lugar a dudas sobre su capacidad de jugar como foco de atracción de población.

En efecto, excluyendo por razones político-administrativas al departamento de San Nicolás —que pertenece a la provincia de Buenos Aires, aunque económicamente forma parte del Gran Rosario— se observa que en 1960, la población del Gran Rosario con respecto al total de la provincia de Santa Fe alcanzaba a un 42.5% (Total Santa Fe: 1.884.918; Gran Rosario: 809.420); en 1970 esa proporción fue de 44.4% (Total Santa Fe: 2.135.583; Gran Rosario: 949.437).

<sup>23</sup>Censo Nacional Económico, Industria Manufacturera, 4<sup>a</sup>. parte, pp. 133 y 135.

Volviendo al tema central, podemos colegir de este proceso —en tanto se establezcan otras comparaciones, como ser las que apuntan a un menor ritmo de crecimiento demográfico entre 1960 y 1970 en algunas provincias y sobre todo al hecho de que entre la población esperada y la efectivamente censada, fue esta última sensiblemente menor— un desequilibrio que podrá ir en aumento en la década que se inicia y que, al par de transformar la estructura global argentina en una sociedad prácticamente urbana, hará del contexto general un cuadro donde núcleos centralizados se constituirán en representativos de cada jurisdicción.

Tomemos, por caso, alguno de esos núcleos en base a dos módulos comparativos ya fijados: el ritmo de crecimiento global de cada jurisdicción y el de su núcleo capitalino, y el estimado para la Argentina en el período 1970-1980.

Cuadro N° 5  
POBLACION ESTIMADA PARA CADA JURISDICCION PROVINCIAL  
Y SU NUCLEO CAPITALINO\*

	1980		% población capital 1980-1970
	Total	Capital	
Corrientes	590.097	173.794	29.4 — 24.4
Córdoba	2.371.134	1.031.073	43.4 — 38.7
La Pampa	184.071	49.185	26.7 — 22.0
Mendoza	1.124.874	628.636	55.8 — 54.0
San Luis	190.981	69.812	36.5 — 32.2
Stgo. del Estero	509.786	210.164	41.2 — 37.7

\*Para el cálculo se ha tenido en cuenta que la tasa global calculada para el país en el período 1970/80 será de 1.44% anual; por lo que se disminuyó en 0.10% las tasas de crecimiento de la provincia y de sus ciudades capitales.

Fuente: Proyección quinquenal de la población 1965/2000, Censo Nacional de Población, Familia y Vivienda 1970, Censo Nacional de Población 1960.

Aunque, como se ha visto, las operaciones realizadas constituyen simples extrapolaciones matemáticas en las que se han hecho jugar los diferentes ritmos de crecimiento de la población total de cada provincia, el de su población capital y la tasa de crecimiento nacional esperada para esta década, no menos cierto es que esos distintos ritmos o velocidades de crecimiento permiten inferir una posible realidad para 1980.

Realidad en la que campeará, como constante, una corriente migratoria que, de no encontrar en los núcleos capitalinos de su jurisdicción condiciones sociales adecuadas de vida, emigrará a su vez, de aquéllos, para engrosar la población de los grandes conglomerados que se vislumbran —como ser el del Gran Mendoza, Tucumán, Mar del Plata y Bahía Blanca que pueden sobrepasar los 500.000 habitantes— o constituirse en núcleos donde primará un tipo de vida altamente urbanizado como el que resultará del continuo Campana-Zárate impulsado, sin duda, por el complejo Zárate-Brazo Largo (puente de unión ferroviaria entre la provincia de Buenos Aires y Entre Ríos) y el canal de navegación del Panamá de las Palmas.

De lo hasta aquí expuesto se desprende un corolario: la urbanización como fenómeno sociológico, con resultar un exponente universal —la CEPAL prevé para 1980 que entre el 50 y el 55% de la población latinoamericana vivirá en ciudades de más de 20 mil habitantes y entre el 25 y un 30% lo hará en centros de más de 500 mil<sup>24</sup>— en la Argentina presenta características, algunas de las cuales hemos puntualizado, que ha permitido una movilización social horizontal (geográfica) sin producir, al mismo tiempo, un proceso de marginalización en quienes recién llegan a la ciudad. Por lo menos en aquellos centros urbanos donde la cuña industrializante ha abierto un espectro ocupacional suficientemente amplio que se combina con una estructura de ingresos que, si concentrada en los niveles o deciles superiores, no obstante se encuentra más o menos equilibrada en los intermedios y, lo más importante, generalmente duplica el ingreso que el migrante percibía en sus lugares originarios.

La problemática, sin duda, habrá de producirse en aquellos centros urbanos capitalinos de nuestro Interior, donde se combina, hasta ahora, una perspectiva negativa de impulso económico general y una continua movilización desde las áreas rurales a éos.

De no producirse en los mismos algún cambio en profundidad, con una efectiva alteración en los sistemas de relaciones que articulan, fundamentalmente, las estructuras económicas y de poder, es factible suponer que asistiremos, en esta década, a conmociones sociales; producto de un incremento de la marginalización, por un lado, y de los anhelos y aspiraciones hacia mejores niveles de existencia, por quienes se vuelcan a las ciudades, por otro.

<sup>24</sup>CEPAL, *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*, febrero 1969, E/CH 12/826, p. 3. Versión mimeografiada.

Con todo, esa problemática de conflicto debe visualizarse en función de algunas experiencias sociopolíticas recientes en el país y que indican que la mayor intensidad en los enfrentamientos sociales se ha centrado, casi todos, en los conglomerados urbanos de Córdoba y Rosario y fueron liderados por nucleamientos altamente especializados.

De cualquier modo, y así se desprende de la enseñanza que el proceso histórico nos ha suministrado como vida vivida en otras sociedades, una urbanización como la que experimenta nuestra sociedad crea condiciones objetivas que pueden acelerar el cambio, esto es, alterar las relaciones entre los hombres, creando, asimismo, nuevas modalidades vinculativas en lo económico, lo social o lo político.

## V. EL ESPECTRO OCUPACIONAL Y SU DIFERENCIA CON EL DE CLASES. LA ESTRUCTURA DE INGRESOS EN LAS AREAS URBANAS, SU DIFERENCIA CON LA RURAL. EL SIGNIFICADO REAL DE LA MOVILIZACION

En 1970 cuatro grandes conglomerados representaron el 45.7 por ciento de la población total del país. En relación a la población que vive en ciudades de más de 25.000 habitantes, la proporción es de 72.3 por ciento.

Es decir, a una tasa de crecimiento anual de 1.44% en 1980, tendremos una población de 27.389.000.

De ese total, un 50 por ciento se agrupará en seis conglomerados: Gran Buenos Aires, Córdoba, Gran Rosario, Gran La Plata —ya detectados en 1970—, Gran Mendoza y Mar del Plata. Núcleos urbanos que deberán desenvolver un diagrama productivo capaz de absorber esos contingentes, sin crear agudos desfasajes entre la oferta y la demanda de mano de obra.

En esta perspectiva cobra urgencia una problemática que puede jugar negativamente. A medida que se promueva un proceso de industrialización tendiente a superar el estancamiento sufrido en la década pasada, los requerimientos industriales exigirán la adopción de un utilaje tecnológico con gran densidad de capital y bajo empleo de mano de obra.

Esta proyección, que en América Latina plantea posibilidades alarmantes, en nuestro país no resulta tan angustiosa, habida cuenta la baja tasa de crecimiento demográfico. Sin embargo, esa baja tasa constituye un promedio nacional, existiendo provincias —como Formosa, Jujuy, Salta, etc.— que se encuentran por encima de aquélla.

La falta de medios adecuados en esas jurisdicciones para retener su población nativa, provocará la continuación de la tendencia migratoria hacia las ciudades; las que poseen, en general, un alto índice de incremento anual, justamente por el aporte de los nacidos en otro lugar.

De esta situación puede inferirse que, en esta década, podremos asistir a una constelación esencialmente conflictiva, producida: a) por la incorporación de nuevas tecnologías en la industria y en la atención de ciertos servicios; b) por el crecimiento de una población urbana que puede en principio no encontrar trabajo, sobre todo aquéllos que recién se incorporan a ese mercado o pertenecen a corrientes migratorias más recientes.

Este fenómeno —que fuera señalado en Estados Unidos por quienes suscribieron en 1964 el Manifiesto de la Triple Revolución<sup>25</sup>, en el que afirmaron que el desempleo afectó al 15 por ciento de adolescentes y al 30 por ciento de negros, e investigado por una Comisión Especial del Congreso de dicha nación que concluyó expresando que »el hecho básico está en que el cambio tecnológico elimina puestos, no trabajo«<sup>26</sup>, reconociendo, empero, el desempleo juvenil— podría determinar para la Argentina, la emergencia de una capa social nueva de muy bajo ingreso, poca productividad y bajo poder de consumo: el marginal. Capa social de subempleados, de conducta altamente errática y renuentes a articularse dentro de un sistema de relaciones humanas, más o menos coherentes.

Por de pronto, una investigación especial realizada sobre el Gran Rosario, determinó que »mientras el producto bruto sectorial creció a más del doble entre 1953 y 1963, el empleo sólo aumentó en un 34%« —agregándose— »esta situación es producto, en gran medida, del efecto ejercido sobre la importancia del empleo industrial por la introducción de tecnología de origen extranjero, intensiva en el uso de capital, en las industrias de más reciente localización«<sup>27</sup>. El planteamiento de la situación rosarina puede extenderse, también, a la que se vive actualmente en Córdoba y que explicaría, en cierta medida, la extrema sensibilidad de

<sup>25</sup> E. FROMM y otros, *Humanismo socialista. Manifiesto de la Triple Revolución*, Paidos, Buenos Aires, 1966, pp. 476 ss.

<sup>26</sup> H. R. BOWEN-GARTH, L. MANGUM, *Automation and Economic Progress*, Prentice Hall Inc., 1966, p. 10.

<sup>27</sup> C. E. U. R., *Boletín del Centro de Estudios Urbanos y Regionales*, »El desempleo regional«, N° 2, septiembre 1970.

los trabajadores e incluso el fenómeno de radicalización reivindicativa de éstos, agudizada en los últimos tres años a partir, sobre todo, del «cordobazo» del 29 de mayo de 1969.

Esta prospección, que tiende a llamar la atención sobre nuestro inmediato futuro, no empece el planteamiento de las actuales circunstancias, en orden a la presentación de la problemática de la movilización social.

Para ello y sin perjuicio de replantear más adelante cuáles serán las condiciones objetivas que tocará vivir a la estructura social argentina, debemos, en primer término, establecer un distingo entre espectro ocupacional y espectro de clase; por cuanto, muchas veces, uno y otro se confunden, con el consiguiente peligro de operar sociológicamente en base a un material distorsionado.

El espectro ocupacional constituye el cuadro de las diferentes actividades productivas, tomadas como trabajo principal y que se desarrollan dentro de una sociedad. En él, en principio, no se encuentra predeterminada ninguna jerarquía.

El espectro de clases, en cambio, supone la existencia de una estratificación, sistematizada jerárquicamente, en la que juegan una complejidad de factores determinantes de la posición (status) que el individuo ocupa en la sociedad. Para establecer, con carácter objetivo, un espectro de clases debe combinarse la ocupación principal, el nivel de ingresos, el nivel de instrucción, el tipo de vida que realiza y, en nuestro país y sobre todo en las áreas urbanas, la migración, tomada en una doble faz, la procedencia u origen regional y el tiempo que ha pasado desde su venida, el que influye en su integración a las pautas de convivencia urbana y la eliminación gradual de su anomia.

De tal modo que la sustancia de cada uno de esos enfoques —ocupacional o de clase— resulta diferente, al punto en que puede darse, en algún caso, una extremada movilidad ocupacional, sin que se produzca con la misma intensidad, una movilidad de clases.

En nuestro país, ya hemos subrayado *in extenso*, se ha dado un proceso de urbanización, acelerado en las últimas décadas por la incidencia de un fenómeno industrial. Esa circunstancia promovió una movilización geográfica, sostenida en fuertes corrientes migratorias provenientes en su primer tiempo, desde las áreas rurales, y, últimamente, desde centros poblados de menos de 50.000 habitantes hacia los grandes conglomerados.

También, el fenómeno industrial —en especial el impuesto en los con-

glomerados de tipo metropolitano— ha creado una estructura productiva fabril que, al mismo tiempo, multiplicó la gama de ocupaciones de la actividad secundaria y complementaria con ésta o con el fin de absorber los excedentes de mano de obra (desocupación encubierta), los puestos de trabajo en la actividad terciaria.

Esa multiplicación de puestos, caracterizados por tipos de trabajo diferentes, es lo que determina, a su vez, la posibilidad de cambio por quienes los ocupan. Máxime cuando, en nuestra sociedad, el sector industrial moderno todavía se desenvuelve en base a una tecnología tradicional mecanizada o semimecanizada, sin que —salvo en algunas industrias recién establecidas o en determinadas empresas de servicios— por ahora influyan los nuevos métodos de fabricación automatizada.

Esta situación es la que ha permitido, por un lado, la rápida absorción de mano de obra no calificada y con bajo índice de instrucción y, por otro, la posibilidad de promociones —prefijadas en estatutos, escalafones o convenios colectivos, sobre la base de la antigüedad en el empleo— a diferentes categorías del personal ocupado dentro de una empresa.

De ahí que la existencia de una movilidad ocupacional no constituye, necesariamente, movilidad social, en términos de pasaje de una clase a otra. Hay sí, mayores posibilidades para un individuo, según se desempeñe en una función o en otra; incluso es viable suponer que la promoción de categoría puede significarle, amén de un mejor ingreso, el acceso a situaciones sustancialmente distintas. En suma, esa movilidad en la ocupación, como igualmente sucede en la movilización geográfica, acrece las expectativas de quienes se movilizan.

Sin embargo, a pesar de que, indudablemente, se han incrementado las posibilidades de movilización ocupacional en la Argentina, ésta no es tan intensa como a primera vista pudiera parecer. Todavía, como hemos dicho más arriba, subsisten formas de trabajo en las que la categoría del operario no se encuentra muy marcada u otras donde prevalecen modalidades semiartesanales de producción que coexisten, eso sí, con organizaciones empresarias articuladas en base a organigramas modernos de producción y en los que prevalecen conducciones despersonalizadas y burocráticas.

Sin ir más lejos, el Censo Nacional Económico destaca para la ciudad de Buenos Aires, primer núcleo urbano donde aparecieron modos de producción industriales de tipo fabril, un porcentaje de 39.9% de obreros

empleados en el 96.4% de los establecimientos que empleaban hasta 50 obreros y de éstos un 16.4% que no emplea operarios.

Combinados los establecimientos del Gran Buenos Aires (Buenos Aires y su conurbano) para esta misma fecha, obtenemos el siguiente desgranamiento.

Cuadro N° 6

CAPITAL FEDERAL Y CONURBANO  
año 1963

Establecimientos	E*	%	Obreros	%
hasta 10	40.572	81.3	76.065	12.7
10/25	5.509	11.0	74.348	12.4
25/50	1.834	3.6	61.527	10.3
50/100	1.031	2.0	70.219	11.7
101/200	451	0.9	71.224	11.9
201/300	171	0.3	41.095	6.9
301/500	145	0.3	55.310	9.2
501/1000	98	0.2	66.554	11.1
1001/3000	49	0.1	80.961	13.5
<b>TOTAL</b>	<b>49.860</b>	<b>99.7</b>	<b>597.303</b>	<b>99.7</b>

Como se ve, es importante el número de establecimientos pequeños —no más de 25 obreros— que absorben, escasamente, al 25.1% del personal. Con ser más alta la concentración— a partir de establecimientos con más de 100 obreros enfrentamos una organización fabril en nuestro país— pues un 1.8% emplea al 52.6% del personal, estas fábricas, en muchos casos, en lo que hace a su estructura laboral interna, adolecen de grandes defectos, cuyo tratamiento escapa a nuestro tema, pero que en lo fundamental, por poseer maquinarias relativamente antiguas, no resultan demasiado exigentes en los requisitos de instrucción o técnicas, para el empleo de su personal obrero.

Observemos que, desde el punto de la instrucción el porcentaje de analfabetos absolutos, empleados en el Gran Buenos Aires en octubre de 1969, era de 2.3%; quienes tenían escuela primaria incompleta, alcanzaban al 18.5%; aquéllos con primaria total (siete grados de escolaridad)

representaban el 44.1% y los que tenían un secundario incompleto, escasamente acusaban un 13.9%<sup>28</sup>.

Sumando los analfabetos absolutos, potenciales o deficientes (primaria incompleta) o con sólo escuela primaria, observamos que el 64.9% del personal efectivamente ocupado, no reunía, hace dos años, los requerimientos mínimos de instrucción fijados por la UNESCO para mano de obra industrial tradicional (10 años de escolaridad). Además, sobre 38.300 trabajadores nuevos, 4.100, es decir un 10.7%, no tenían escuela primaria completa y si agregamos aquéllos que sí la habían cursado, el porcentual en esos nuevos obreros de instrucción insuficiente, alcanza a un 28.7% de los mismos.

Por otra parte, el personal no calificado empleado en el Gran Buenos Aires en tareas fabriles, alcanzaba al 21.7% de los efectivamente ocupados y los empleados en tareas de ventas, un 8.3%, lo que determina un total de 29% del personal total que no posee calificación de ningún tipo.

El relevamiento realizado no da el cruzamiento entre uno y otro cuadro, pero fácil resulta colegir que el grado de instrucción constituye una constante decisiva en la discriminación calificativa de la tarea.

Si analizamos los resultados de alguno de los núcleos del Interior, que posee una estructura industrial, vemos que, por ejemplo, en Rosario un 6.9% del personal es analfabeto absoluto, un 17.8% no tiene primaria completa, un 39.6% alcanza a ésta y solamente un 15% tiene una escolaridad mayor de siete años. Córdoba, a su vez, presenta el siguiente cuadro: 3.5% analfabetos absolutos; 22.5% primaria incompleta; 30.1% solamente con escuela primaria y un 16.7% con secundaria o especial incompleta.

Dos conglomerados como los traídos a colación en un 64.3% y un 56.1% no reúnen los requisitos universalmente establecidos, lo cual determina, a mi juicio, el relativamente alto porcentaje del personal ocupado que lo hace en tareas no calificadas, 30.3% para Rosario y 31.8% para Córdoba.

Pero ahí no termina el cuadro. Si tomamos el porcentaje de ocupados en tareas semicalificadas —generalmente esa semicalificación deriva de un conocimiento adquirido por la práctica laboral— las proporciones con relación al total en el Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba serían, respectivamente, de 14%; 12.5% y 11.6%.

Casi la mitad de la fuerza obrera, agrupada en los tres centros industriales más importantes del país, realiza labores como personal no califi-

<sup>28</sup> INDEC, "Encuesta de empleo y desempleo", Cuadro 3, p. 3, p. 176, Gran Buenos Aires.

cado o semicalificado; circunstancia que, evidentemente, juega en el problema de la movilidad a nivel ocupacional y mucho más en lo que concierne a la de clases, donde intervienen, además, problemas de índole estructural derivados de los sistemas de relaciones nucleados alrededor de la propiedad de los medios de producción y cambio (estructura económica) y del poder como relación entre grupos dominantes y dominados.

En otra oportunidad hemos efectuado una investigación, lamentablemente limitada para la ciudad de Buenos Aires<sup>29</sup>, algunos de cuyos resultados provisionales publicamos en otro trabajo<sup>30</sup>. En la misma, analizando la relación padre-encuestado que, en términos generales, se corresponde con el período 1930-1961, pudimos observar, de acuerdo con los coeficientes asociativos de Glass, que en los obreros no especializados, éste es de 3.1; para el especializado de 2, y para el empleado de 2. En la generación anterior —abuelo-padre del encuestado— los coeficientes fueron, respectivamente, 5.1; 2.9 y 3.9.

Esta diferencia, entre una y otra relación generacional, encuentra su explicación, para el caso de la ciudad de Buenos Aires, en la expansión del proceso industrial que abrió nuevas posibilidades de empleo, aunque estos puestos, por el tipo de trabajo parcelario que implica la industria mecanizada tradicional, no exijan excesivos requerimientos en el reclutamiento del personal o en la significación específica de aquéllos como categorías profesionales. No obstante, al aumentar el número de los mismos, indudablemente que se incrementó la movilidad.

Sin embargo, si se parte del hecho de que la movilidad perfecta estaría dada por un coeficiente 1, los resultados traídos a colación indican, en la movilidad ocupacional, una acentuada adherencia intergeneracional en un tiempo histórico de marcada trascendencia por la movilidad geográfica y la industrialización.

Estudiados los casos investigados en lo que correspondió a la propia vida del encuestado, desde la ocupación originaria a la actual, pudimos señalar que en el obrero no especializado se movilizó el 59.3%; el especializado lo hizo en un 32% y el empleado, en un 40.9%.

No obstante esas movilizaciones, a poco que se analice su destino dará una imagen distinta, en cuanto a los alcances de ella. El obrero no especializado movilizado, solamente en un 22.2% pasó a revistar como

<sup>29</sup>J. C. RUBINSTEIN, *El mito de la movilidad social argentina*, Ed. Panedillo (en prensa).

<sup>30</sup>J. C. RUBINSTEIN, *Socioestructura económica*..., ob. cit.

especializado (un 27.7% ingresó a la categoría de "ama de casa") y otro tanto se incorporó como "empleado" y el especializado se mantuvo en su ocupación originaria en un 68%.

Al mismo tiempo, a partir de 1948 se nota una declinación de la población activa empleada en la industria y un correlativo aumento de los servicios, alimentados por la declinación del empleo agrícola y manufacturero.

Esa disminución del personal en las actividades secundarias determinó que la CEPAL, en 1955, expresara:

...en la Argentina se está dando un *proceso regresivo* de desplazamiento de población activa desde las ocupaciones más productivas hacia las de menor productividad<sup>31</sup>.

Cuadro N° 7  
ARGENTINA - POBLACION ACTIVA (%)

	Agropecuaria	Industria	Servicios
1947	28.5	28.5	43.0
1948	27.5	28.5	44.0
1950	25.6	27.4	47.0
1954	25.0	23.0	52.0
1960	18.3	25.4	56.3

Fuente: CEPAL, "La situación argentina...", ob. cit., p. 39 y Censo Nacional de Población, 1960.

Si tomamos los centros industriales más específicos del Gran Buenos Aires, Córdoba y Rosario, obtendremos lo indicado en Cuadro 8.

Lo que se desprende del cuadro precedente, aunque no permite una exacta comparación en el caso de Rosario o de Córdoba, indica no obstante el grado de incidencia de la actividad terciaria —indirectamente productiva— en la distribución de la población activa, la que bordea, prácticamente, los dos tercios del total de la misma.

Es cierto que un adecuado crecimiento de la industria determina simultáneamente, de acuerdo con la experiencia de los países de alto desarrollo, un incremento de las actividades de servicios.

<sup>31</sup> CEPAL, "La situación argentina y la nueva política económica", *Boletín Económico de América Latina*, Vol. 1, N° 1, Santiago de Chile, enero 1956, p. 39. Lo destacado es nuestro.

Cuadro N° 8

POBLACION ACTIVA Y DISTRIBUCION EN ACTIVIDAD SECUNDARIA O TERCIARIA\* (%)

	Gran Buenos Aires		Córdoba		Rosario	
	Secundaria	Terciaria	Secundaria	Terciaria	Secundaria	Terciaria
1960	34.8	63.9	—	—	—	—
Oct.						
1969	36.3	61.8	29.0	69.2	34.6	62

\*Rosario y Córdoba no se pudo discriminar la distribución de esos núcleos por cuanto los resultados son globales para la jurisdicción provincial de acuerdo con el V Censo Nacional de 1960.

Si se toman algunos de los países industrializados, tales como Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, República Federal Alemana, Francia y Japón, se obtiene el siguiente cuadro:

Cuadro N° 9

DISTRIBUCION DEL EMPLEO - 1954/64 (%)

	Primaria	Secundaria	Terciaria
Estados Unidos	1954	10.7	35.2
	1964	6.8	32.7
Canadá	1954	19.0	33.2
	1964	11.2	33.5
Reino Unido	1954	5.0	48.6
	1964	3.8	47.5
Alemania Fed.	1954	18.8	46.0
	1964	11.6	49.7
Francia	1954	27.9	37.0
	1964	19.0	40.7
Japón	1954	40.6	24.8
	1964	26.8	31.9

Fuente: OECD, 1965, "Manpower Statistics 1954-1964".

En el caso de Estados Unidos, el problema se acentúa en la medida en que se calcula para 1975 una distribución de la población activa que en su 64.5% revistarán en la actividad terciaria, descendiendo el empleo en la primaria a un 4.7% y en la secundaria al 30.8%.

Esa tendencia determinó que León Greenberg se preguntara en un Simposio convocado por la I. G. Metall (Sindicato Metalúrgico de Alemania Federal) —realizado en Oberhausen del 5 al 8 de marzo de 1968— si no estábamos enfrentando el desenvolvimiento de una sociedad de servicios, agregando en base a esas proyecciones para 1975 que:

»Una parte sustancial del crecimiento de nuevas oportunidades laborales ocurrirá en el campo de los white collar. Dentro de éstos, el más destacado crecimiento se verá en el sector profesional, técnico y de empleados de oficina“<sup>32</sup>.

Bueno es aclarar, sin embargo, que nuestra excesiva población terciaria, aunque cuantitativamente en su proporción se asemeja a la de los países desarrollados, cualitativamente es diferente. Hace unos años Sergio Bagú, analizando los resultados del III Censo Nacional de 1914 y las cifras de Francia en 1954, destacó la similitud en las proporciones, pero advirtió que una comparación cuantitativa podía inducir a equívocos, dado que la rama secundaria no cumplía la misma *función productiva*, en uno y otro país<sup>33</sup>.

A casi sesenta años del Censo de 1914 y sin dejar de considerar que la situación socioeconómica argentina ha cambiado, podemos ratificar, sin temor a equivocarnos mucho, las reflexiones expuestas por Bagú; máxime cuando el país se encuentra viviendo, desde hace ya casi veinte años, en una situación de estancamiento que ha determinado, en estos últimos 10 años, un crecimiento del producto bruto per capita de 729 dólares en 1961 a 891 dólares en 1970.

La lenta movilidad ocupacional que, al igual que la geográfica, se traduce en desplazamientos *horizontales* dentro del sistema de estratificación de clases, ha jugado de modo deficiente como para promover una movilidad social vertical o de clases.

No dejamos de reconocer que han existido casos de efectiva movilización individual y otros en los cuales ésta se ha dado en magnitudes que permiten inferir una mayor sensibilidad del sistema. Pero sea en un

<sup>32</sup> L. GREENBERG, »Is a Service Society Developing?«, Doc. P13-68, Computer und Angestellte-1968, p. 17.

<sup>33</sup> S. BAGÚ, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Trabajos e Investigaciones del Instituto de Sociología, Publicación Interna N° 36, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Bs. Aires, 1961, p. 25.

caso como en otro, esta movilización ha sido *coyuntural*. Es decir, la sociedad argentina como estructura global no ha impulsado ni permitido la movilidad de sus componentes y cuando se ha dado, la misma fue producto de circunstancias específicas de un destino individual o de situaciones excepcionales, como por ejemplo las dos guerras mundiales que promovieron, por razones ajena a la estructura, cierto ascenso social.

De ese modo, en nuestra investigación pudimos establecer que el porcentaje de miembros de la clase popular baja que permaneció en la misma alcanzó a un 28.1% y en la clase popular alta a un 66.6%; pero, además, en los movilizados del primer estrato, un 47.5% pasó a la clase popular alta —ascendió escasamente un escalón— en tanto que si combinamos ambos estratos sociales, casi *dos tercios de sus componentes* se mantuvieron en su situación de clase originaria y un 16.6% ascendió a la clase media baja.

Aun así, subjetivamente, durante muchos años se tuvo la convicción en la Argentina de que nuestra sociedad era móvil y se asemejaba a los patrones de movilización de los países metropolitanos.

Cuadro N° 10

DISTRIBUCION DEL INGRESO POR TAMAÑO CON LA FAMILIA COMO UNIDAD DE INGRESO EN EL GRAN BUENOS AIRES. (1961)

<i>Grupo de</i>	<i>Ingreso</i>	<i>Ingreso promedio</i>
<b>20% inferior</b>	1º decil	752 (Dólar 1950)
	2º decil	1.046
	3º decil	1.240
	4º decil	1.405
	5º decil	1.544
	6º decil	1.778
	7º decil	2.052
<b>50% central</b>	8º decil	2.469
	9º decil	3.302
	10º decil	9.997
<b>30% superior</b>		
<b>5% superior</b>		15.163
<b>1% superior</b>		37.084

Fuente: CEPAL, "La distribución del ingreso...", ob. cit., al ingreso promedio se le aditó un 27% al promedio general.

Ya hemos visto que nuestra realidad, se enfoque el problema desde el punto de vista de la movilidad de clases o lo encaremos a partir de la estructura de ingresos, difiere de esa imagen.

Por supuesto que en relación con los restantes países de América Latina la situación aparece sustancialmente diferente y mucho mayor será la brecha con los demás que componen el mundo del subdesarrollo y la dependencia; pero esto no puede servirnos de excusa en lo que concierne a nuestra propia sociedad.

La situación argentina, donde casi las tres cuartas partes de su población reside en ciudades y muy cerca de la mitad vive en los cuatro grandes conglomerados señalados, presenta una estructura de ingresos relativamente compensada.

Tomando como base la descomposición de ingresos efectuada por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) para el país en su conjunto y haciendo las correcciones específicas para el Gran Buenos Aires, en otro trabajo confeccionamos el Cuadro 10, a dólares de 1950 y convirtiendo los ingresos de 1961 a una paridad de \$m/n 65 por dólar.

Como se ve entre el 10% de ingresos más bajo y el 10% superior la diferencia es de 13.3, y entre el 70% de la población del Gran Buenos Aires y el 10% superior es de 7.1; desequilibrio que se acentúa si comparamos el promedio de ingresos de un 70% con el 5% superior: 10.8 y con el 1% superior: 26.4.

No obstante, entre cada uno de los diversos estratos que componen el 70% de la población capitalina y de su conurbano, la diferencia es aproximadamente de un 20%.

En orden a la circunstancia de que la actividad de los asalariados en la industria perciben en promedio un 3% más que el ingreso nacional, en tanto que algunos servicios fluctúan entre un mínimo de 61% (servicios domésticos) menos que éste a un máximo de 97% por encima, sobre la base de esos datos obtendríamos el promedio que en 1970 reciben los asalariados.

De esa manera, combinando los porcentuales emergentes del cuadro 8, podríamos aventurar una estimación del ingreso en el Gran Buenos Aires, para los asalariados industriales y empleados en servicios. Partiendo del supuesto de que el promedio en ese conglomerado es un 27%

superior al nacional y que a la vez el de los asalariados industriales es 3% más, tendríamos, para la actividad secundaria, que el 36.3% de aquéllos recibió 1.158.30 dls. (dólares de 1950) y el 61.8% de quienes se encuentran empleados en servicios, 1.764 dls.<sup>34</sup>.

Como factor final a contemplar como componente que juega negativamente en la movilidad, amén de la circunstancia derivada del estancamiento en la expansión económica general, en especial en cuanto respecta a la actividad manufacturera, cabe aludir al desempleo como deprimente en los ingresos generales.

De acuerdo con datos suministrados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos<sup>35</sup>, la desocupación en el Gran Buenos Aires aumentó, desde octubre de 1969 a abril de 1971, desde 4.2% a 6.2%, Córdoba de 3.5% a 5% y Rosario oscila entre 5.1% y 5.3%. Tucumán, que en su ciudad capital agrupaba al 42.5% de su población, alcanzó en abril de 1971, a un 11.7% de desempleados. En cifras globales para la Argentina, en el curso de este año 1971 la desocupación asciende al 5%, lo cual debe contrabalancearse con el incremento del ingreso real percibido por el sector agropecuario que en 1970, con relación a 1969, fue de 11% en todo el país, en tanto que la región pampeana lo incrementó, desde 1968, en un 16.2% (agricultura: 15.8 y ganadería —1967—: 24.2%)<sup>36</sup>.

Este constituye un tópico que merece una pequeña digresión, pues determina, en su trasfondo, uno de los problemas básicos que deberá enfrentarse en la Argentina en los próximos años, si en verdad se quieren establecer nuevos sistemas de relaciones sociales como alternativa de las actuales estructuras obsoletas.

<sup>34</sup> Para obtener los promedios industriales y de servicios se ha tenido en cuenta, CEPAL, »La distribución del ingreso...«, ob. cit., Cuadro 16, p. 138, haciendo la salvedad que, p. ej. el salario promedio del empleado en servicios públicos es de 1.524 dls. y comprende al 7% de la población activa, en tanto que el servicio doméstico, resultando también un 6% aproximadamente, percibió 347 dls.

<sup>35</sup> »La Razón« del 21 de mayo de 1971, »Desocupación en todo el país«.

<sup>36</sup> Banco Ganadero Argentino, »La producción rural argentina en 1970«, p. 14, Cuadros 64, 66 y 67, pp. 71, 72 y 73.

## VI. EL PAÍS REAL Y SUS DISTORSIONES. LOS GRUPOS DOMINANTES HEGEMONICOS Y EL EFECTO DE ESTOS EN EL PROCESO DE MOVILIDAD SOCIAL

El país que vivimos no es el mismo que vivieron nuestros padres hace treinta o cuarenta años, ni siquiera es el mismo que vivió nuestra generación los últimos veinticinco años.

En 1939 la actividad primaria contribuía con un 25.3% a la formación de nuestro producto bruto, en 1969 esa proporción bajó al 15.3%. Correlativamente, se incrementó la contribución del área secundaria que participó con un 26% en el primer año y con un 36.7% en el último.

Fundamentalmente, en tanto el sector agropecuario está destinado a la exportación, el industrial se desenvuelve íntegramente o casi íntegramente en el sector interno. La política de ingresos del primero no solamente se halla ligada, pues, con el volumen productivo. También interviene como factor el valor de nuestra moneda en relación con las llamadas monedas duras (dólar, marco, etc.) de manera que una devaluación de nuestro signo monetario, al par de incidir sobre el nivel de precios internos, aumentándolo, determina un plus de beneficio para quienes exportan, habida cuenta que no existe en nuestro país desde 1959, ningún tipo de control cambiario salvo el período constitucional 1963/1966.

Es así que si en 1962 teníamos una paridad de \$m/n 82 por dólar —artificialmente sostenido por el Banco Central de la República— hoy, especulaciones aparte, la paridad puede fluctuar alrededor de los %m/n 800 a 850 por dólar.

Para manejarnos con signos monetarios constantes y de acuerdo con la paridad calculada por la CEPAL, más la devaluación que hemos efectuado del dólar para ubicarlo en 1950, tenemos que en 1961 el ingreso agropecuario en el 10% superior era de 8.431 dólares y de éste su 5% ascendía a 12.788 y su 1% a 31.273. Hay que contabilizar igualmente la circunstancia de que un 5.6% de grandes propietarios controlaban el 33.3% de la superficie de toda la región pampeana.

De acuerdo con el total de ingreso real del sector agropecuario total en 1961 (59.509 millones) y en 1970 (85.696 millones) el *incremento* de éste fue de 44%<sup>37</sup>. Planteadas así las cosas, el 10% superior en la provincia de Buenos Aires percibe, hoy, un ingreso estimado de 12.141 dólares; el 5% de éste, uno de 18.415 dls. y el 1% superior, 45.033 dls. Ingresos

<sup>37</sup> Banco Ganadero Argentino, »La producción rural...«, ob. cit. p. 69, Cuadro 65.

que no se acercan a la realidad, desde el momento en que en estos veinte años el dólar, a su vez, ha sufrido un proceso de devaluación que excede del 40% desde 1950 a la fecha.

No obstante, quede en claro que con una nación estancada el sector agropecuario ha mantenido sus ingresos reales a un ritmo de 4.4% anual.

Pero, además, a través de inversiones realizadas en la industria, especialmente en la gran industria, virtualmente maneja la economía nacional, pues en 1961 percibía como ingreso secundario —procedente de la actividad industrial— 949 millones de dólares<sup>38</sup>.

Este panorama no constituye una contingencia fortuita en la Argentina, ni es producto de una condición coyuntural. Antes bien, desde los inicios de nuestra vida independiente y aun en la época colonial, el sector dedicado a la actividad primaria fue quien primero se constituyó como grupo social con vocación de poder. Recordemos, sin ir más lejos, la célebre »Representación de los Hacendados« que en 1809 provocó la apertura del puerto de Buenos Aires.

Todo el proceso histórico nacional se encuentra signado por la impronta que el sector agropecuario le dio al país y por ello podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que dentro de la estructura de poder constituye el grupo dominante hegemónico.

Si ha habido industrialización, si hubo y hay urbanización en la Argentina y si, incluso, en algún período se pretendió montar un estado empresario, cada uno de esos procesos contaron con la anuencia del grupo dominante hegemónico, que vio en los mismos la posibilidad de mejorar su poder de negociación externa o la válvula de escape indispensable que requería de la migración, para operar en el campo con mayores márgenes de productividad y beneficio.

En la actualidad han pactado —como lo hicieron antes, pero bajo otras condiciones— con el capital extranjero y así se articuló en el país una estructura en la que aparece el poder, compartido entre el grupo dominante hegemónico tradicional (agropecuario) y los que forman parte del capital monopolista foráneo.

Marginados del control efectivo del país están los grupos dominantes no hegemónicos de la industria —pequeña y mediana— de capital nacional, surgida como consecuencia de la coyuntura bélica y el proteccionismo

<sup>38</sup> J. C. RUBINSTEIN, *Estrategia y táctica para el cambio*, Ed. Astrea, Buenos Aires, 1972. En ese trabajo se detalla el proceso de interpenetración de inversiones entre el campo y la industria.

de la postguerra y el inmenso ejército de asalariados que, a diferentes niveles, reciben un 38.4% del ingreso, en tanto que el 30% superior se reparte el 61.6% restante (8º decil: 9.6; 9º decil: 12.9; 10º decil: 39.4%).

Resulta de toda evidencia que el problema de la movilidad social argentina, para garantizar una sociedad igualitaria y acceder, en este último tercio del siglo que vivimos, a condiciones de vida compatibles con los logros de un nuevo *»habitat«* para el hombre, demanda un cambio.

Lo que hemos tratado de exponer, señalando ciertos fenómenos que estamos viviendo y dejando de lado otros, no menos importantes, como la extremada inestabilidad política —fruto, tal vez, de las condiciones objetivas dentro de las que nos desenvolvemos como pueblo— ha sido la tendencia de una sociedad que, contrariamente a lo que sucede en otros países, avanza hacia una mayor rigidez en su estructura de clases, creando, con ello, una tremenda carga de resentimiento y frustración colectiva; resentimiento y frustración que por la estructura urbana prevaleciente, se multiplica en una progresión rápidamente acelerada.

Hechos como el *»cordobazo«* en mayo de 1969 u otros acontecimientos sobrevenidos en Rosario o Tucumán, formas de comportamiento agresivas y violentas constituyen la exteriorización visible de procesos más profundos que descansan, a mi juicio, en la combinación de un fenómeno de urbanización que se desarrolla en un sistema de clases escasamente móvil; inmovilidad determinada por quienes controlan el poder y poseen los resortes básicos de la economía con la disposición, en función de sus intereses, de los medios de producción y cambio.

Conclusión a ese cuadro: un cambio en el poder, es decir, una alteración de los términos de la ecuación dominante-dominado y la sustitución de quienes son, ahora, dominantes, por los grupos dominados y con éstos, promoviendo una alianza de sectores (trabajadores, técnicos, intelectuales, estudiantes y clase media dependiente) planificar la economía, crear un sector público prevalente, instaurar a todos los niveles —políticos y económicos— un sistema de gestión democrática que, aprovechando las posibilidades tecnológicas que operarán en esta década, asegure un desarrollo socioeconómico con iguales oportunidades para todos.



